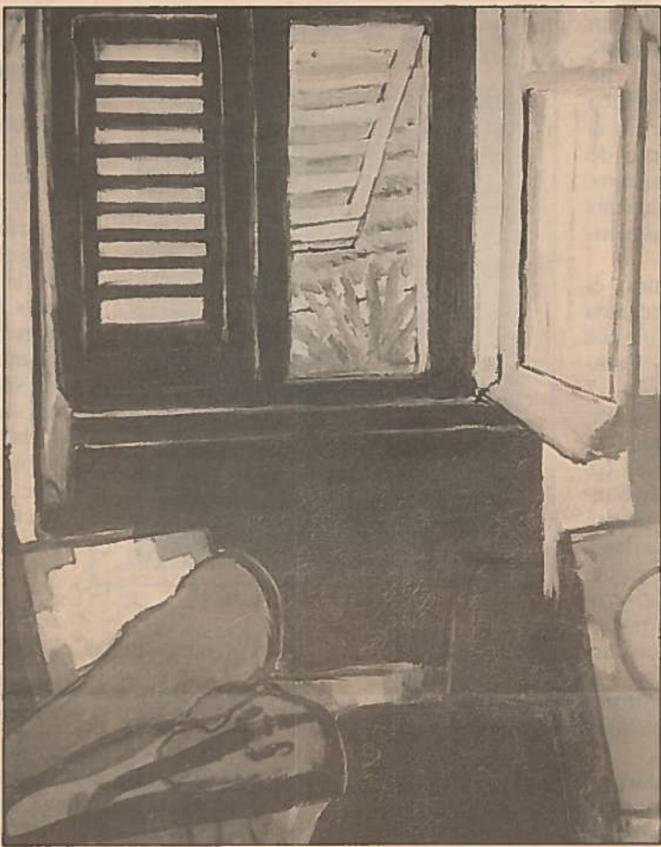
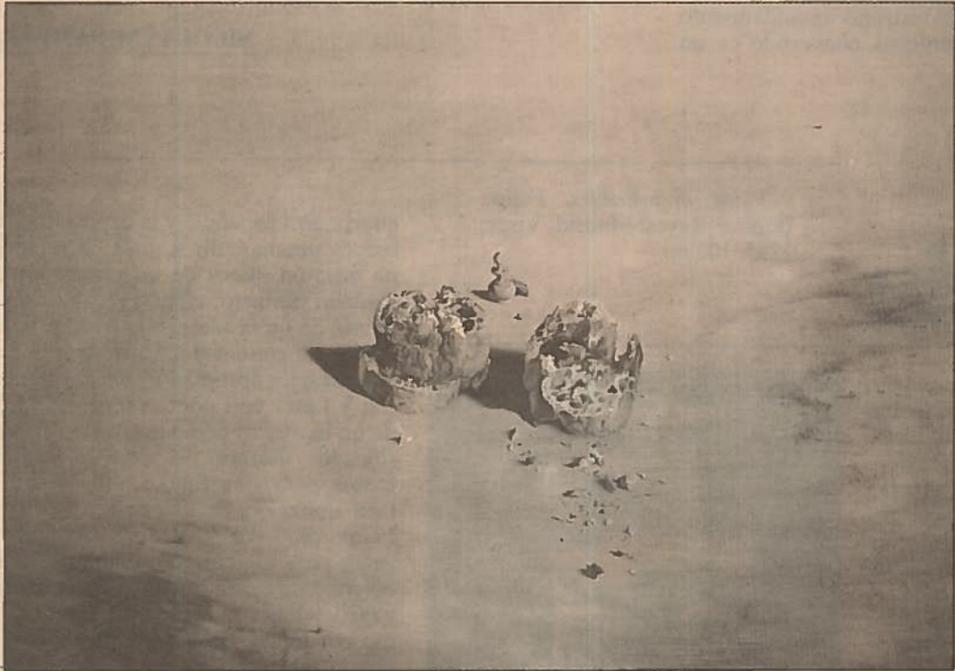


Alquimia y forma pictórica



DL
Matisse. Interior
con violín,
1917-1918.

DL
Dalí. Dos trozos
de pan expresando
el sentimiento
del amor, 1940.



«Tras variadas renovaciones formales, el ímpetu de las nuevas conquistas se verá reflejado en estos alquimistas creadores de sueños y delicias plásticas...»

La búsqueda de la panacea universal ha sido una constante en la existencia humana. Pero quizás fue el Oriente Helenístico el que más pasión puso en el hallazgo definitivo. Una panacea aplicada al campo materialista y también al espiritual. Cuando Arnaud de Villeneuve o Fulcanelli ponían todo su empeño en una doctrina pre-científica, donde el máximo objetivo era la trasmutación de los metales, estaban sentando las bases para el verdadero cambio en la forma pictórica.

El siglo XX ha sido testigo de integraciones y búsquedas formales anteriormente desconocidas en las artes. En la obra de Matisse *Interior con violín*, la forma plástica adquiere tintes melancólicos. El recogimiento y el sosiego marcarán su verdadera vertiente. Existe una elevación constante en el ambiente, haciendo gravitar toda la tela. Su textura será la verdadera acompañante del color, donde éste quedará plasmado sin ningún tipo de connotación intelectual. La elección de esta obra es necesaria, pues es el comienzo de la nueva era «alquimista» o, dicho de otro modo, la transformación de la mediocridad en puro concepto matérico. El descubrimiento del oro en pinceladas se ha hecho realidad. ¿Por qué buscar lo grotesco o lo ambiguo si en la propia sensibilidad del cuadro se encuentra su notoriedad? La ventana abierta muestra el destino del momento. La intuición y la espontaneidad quedarán en suspense... La plenitud interior de las imágenes se acreditan a sí mismas. El espectador rechaza o acepta sin más matices, no existe lugar para la duda. Todo está bañado de un ambiente presensitivo donde Matisse nos habla de la tangible y despiadada idea de la soledad.

SENTIMIENTO HUMANO

¿Qué tienen en común la obra de Matisse con el lienzo de Dalí? Los dos expresan un sentimiento humano. El primero la soledad del propio ser encerrado en el mundo material. Dalí pone en juego la idea del «amor», de la solidaridad humana. El plan pre-establecido de la obra es abrir una brecha en el ámbito de lo utópico, no cerrarse a nada y dotarlo de unos conductos de aireación donde el objeto representado tenga su propia sensibilidad.



M. Viola. Sin título. 1983.

Todo ello se desarrolla en un ambiente revelador, en que el sentimiento no tiene límite y el vacío existente se hace hermano del propio objeto representado. ¿Es una realidad uniforme? ¿Se mantienen los parámetros de valores convencionales? Evidentemente, no. Se rompen una vez más los moldes de lo habitual, de lo conocido. Se da paso al nuevo tiempo del autor alquimista. Su ruptura es convertir dos sencillos trozos de pan en símbolos de amor. Pacificación y aliento ya caminan juntos. Se produce una retórica de sensaciones donde la multiplicidad de cambiar exige un amplio discurso hacia la intervención. ¿Pero dónde queda la forma? La forma queda plasmada dentro de un ambiente intelectual. Ya no será solamente una tradición formal o repetitiva sino que convertirá cada pincelada en una «gran aventura». Por supuesto, no hablo de esa forma maniquea en cuyo interior los paisajes fáciles o la figuración aburrida campaban a sus anchas.

Es una constante ansiedad hacia la verdad plástica, donde el método aplicado como símbolo tenga una expresión virtual. La propia clave de esta obra está en contagiar un espíritu animoso para imponerse desde la misma esencia del mensaje hacia el mundo exterior. Es una representación del amor plástico, del sentimiento pictórico y del anhelo más puro hecho realidad. Es un símbolo metafísico propio del genial autor.

BUSQUEDA DE NUEVOS CAMINOS

El tercer ejemplo que nos sirve de ruptura y búsqueda de nuevos caminos es Manuel Viola. Hombre alquimista y degustador espectral de las formas donde las haya. Su obra es una constante retórica en que todos los viaductos visuales quedan abiertos. Del mismo modo modifica el tiempo, juega con la sugerencia y acompaña al hombre a través de la melancolía más ensoñadora. Esta obra «sin título» (no podía ser de otra manera) es apetente y desligada de todo acto real. Si los artistas antes tratados realizaban disecciones internas sobre el conflicto del ser humano, Viola muestra una expresión espiritual donde el arte abstracto alcanza su última realización religiosa. Esto revela el ansia creciente del hombre hacia Dios. ¿Es una ritualidad novedosa para manifestar las carencias humanas? ¿Son conceptos en que lo orgánico queda desplazado en contra de la sugestión? Lo que sí está claro es que son decisiones definitivas donde todo está perfectamente jerarquizado. Es un fenómeno trascendental que colabora en una evolución vitalista y una perspectiva más abierta sobre el arte. Podríamos definir esta obra como «explosión de forma», explosión desordenada y total. Explosión celestial en busca de algo más. Los límites y las fronteras carecen de importancia, no existen las metas propuestas. El acercamiento que se produce es mucho más intenso que una simple copia realista. Es una inspiración abierta netamente «real».

Estas tres obras serán capitales para descubrir el inquieto Universo de la forma. Tras variadas renovaciones formales, el ímpetu de las nuevas conquistas se verá reflejado en estos alquimistas creadores de sueños y delicias plásticas donde quedarán sus huellas perpetuas para saber cómo vivieron, cómo lucharon, cómo padecieron, cómo triunfaron...

JAVIER CABALLERO CHICA